

entre ellos, si que también para con aquellos que iban á su soledad. Pero en cuanto á las mujeres observaban una conducta bien diferente ; pues, si alguna iba á visitar á su hermano ó alguno de sus parientes, era costumbre que no se hablasen sino de lejos.

---

#### DEL DESIERTO DE PORPHYRION Y DE CALAMIA<sup>1</sup>

La semeianza de los nombres puede fácilmente hacer confundir dos desiertos que conviene distinguir en la historia monástica. El desierto de Calamia y de Porphyrión y el de Calamón y el Porphyrita. Este se llamaba Calamón el Arsinoíta, por estar en la diócesis de Arsinoia sobre la orilla oriental del Jordán, y el otro al medio dia del desierto de Scete, de que formaba parte, y mucho más lejos que el primero de los países habitados. También en la Palestina había un Calamón, próximo al Jordán, ó sea el monasterio de Calamón, que no estaba lejos de la *laure*<sup>2</sup> que se llamaba de *Tours* y del cual se hace mención en el *Prado espiritual*. Nosotros hablamos de Calamia de Scete.

Casiano dice que para llegar allí se debían hacer siete á ocho jornadas por un desierto muy extenso, y que los solitarios que allí moraban no se podían dedicar á construir cestas, como los de otros desiertos ; porque estando

<sup>1</sup> Casiano, Cotelier, Tillemont, *Gazeo vitæ Patrum*.

<sup>2</sup> La *laure* se distinguía del monasterio. En el monasterio se hacía una vida común, mientras que en la *laure* cada uno hacía á parte una vida solitaria, sólo que todas las celdas estaban bajo la dirección de un abad. La primera *laure* parece haber sido fundada por San Charito sobre las orillas del mar Muerto.

tan lejos de las ciudades se les hacía el transporte demasiado caro y penoso, ocupándose la mayor parte en la agricultura y jardinería. Se cree que Calamia y Porphyrión son un mismo desierto, lo mismo que *Petra*<sup>1</sup> del cual se ha hablado en algunos lugares de las *Vidas de los Padres*, por cuanto son considerados como los lugares más recónditos de la soledad de Scete. Estos desiertos eran habitados por monjes que no solo huían del vecindario de las ciudades buscando mayor retiro, si que también las soledades más pobladas de monjes, como era la de Scete, á donde la reputación de los primeros que allí se habían establecido, atrajo tan gran número, que eso mismo fué causa de la relajación que allí se introdujo, y de las revoluciones que insensiblemente arruinaron la observancia monástica. Nada sabemos digno de consideración de los solitarios de esos desiertos.

Se ha hablado en las *Vidas de los Padres*, de un religioso llamado Juan de Calamia, quien por sus virtudes se distinguió entre sus hermanos. Se hizo solitario por las exhortaciones de una hermana mayor que tenia, la cual habiendo vivido desde su infancia en una gran piedad, lo elevó en los mismos sentimientos inspirándole un gran menosprecio de las vanidades del siglo. Ella entró despues en un monasterio de vírgenes, y Juan habiendo abrazado la vida monástica en el desierto de Calamia, vivió allí veinticuatro años sin salir de su monasterio. Su hermana, á quien amaba mucho más por la educación santa que le habia dado, después de tan largo tiempo deséo verle, y le suplicó por muchas cartas que le concediera este consuelo por amor de Jesucristo, antes que élla partiera de este mundo ; pero Juan siempre se escusaba, no pudiéndose decidir á dejar su amada soledad.

<sup>1</sup> Esta Piedra es diferente de la Piedra ó Roca de Troe, de la cual hemos hablado en la Vida de S. Arsenio.

Por fin su hermana le escribió en estos términos: « Si vos no quereis venir á encontrarme, yo me veré obligada á venir á vuestra casa para tener la dicha de saludar<sup>1</sup> á vuestra caridad, de lo cual há ya tanto tiempo que estoy privada. » Juan, muy preocupado por esta resolución, temió que si dejaba emprender este viaje á su hermana, los otros parientes no se creyeran en derecho de hacer como élla, y estar molestado por las visitas en su retiro.

Después de muchas reflexiones se determinó á ir á verla, y se fué con dos hermanos de su monasterio á aquel en que ella moraba. Cuando hubo llegado á la puerta, dijo con una voz muy alta para hacerse oír. « Dadnos la bendición, y tened la caridad de recibir á estos peregrinos. » Esto precisamente hizo que su hermana lo entendiera y le abiera la puerta, acompañada de otra sierva de Dios; pero élla nó lo reconoció. No obstante él la reconoció al momento; pero temiendo que ella comprendiera más fácilmente por su voz que él era su hermano, no pronunció palabra dejando hablar á sus compañeros, quienes dijeron á su hermana: « Os rogamos, madre nuestra, que mandeis nos den agua para beber, pues estamos fatigados por el viaje que hemos hecho. » Ella se la presentó con sus propias manos, lo mismo que á su hermano, sin reconocerle, y después que hubieron bebido, hicieron la oración, dieron gracias á Dios y pidieron permiso para volverse á su monasterio. Su hermana no pensando haberlo visto, después de algunos dias renovó sus instancias por otra carta, suplicándole que antes de morir le diera el consuelo de poderle ver, y que viniera á hacer oración en su monasterio.

Juan se aprovechó del viaje de uno de sus compañeros para contestarle, y le mandó esta esquila: « Yo he estado en vuestra casa, por la gracia de Jesucristo, y nadie me ha

<sup>1</sup> Se ve aquí que esta manera de hablar, usada en muchos monasterios de mujeres llamadas de la Visitación, es muy antigua y loable.

conocido. Vos misma habeis salido á la puerta de vuestro monasterio para hablarme; vos me habeis dado agua: yo la he recibido de vuestras manos: yo la he bebido, y me he vuelto á mi monasterio después de haber dado gracias al Señor. Que os baste, pues, el haberme visto de esta manera, y no me insteis más; sino rogad sin cesar a Nuestro Señor Jesucristo por mi. »

El autor del *Tercer libro de los Padres de la soledad*, quien nos ha instruido sobre este hecho de la vida de Juan de Calamia, á linea seguida esplica otro, que tiene mucha semejanza con aquel, y que demuestra que las religiosas no cedían en desprendimiento á los religiosos. Pondremos lo aquí, por más que no se refiera á un solitario del desierto de que hablamos. Había, dice él, un religioso que tenia su hermana en un monasterio de virgenes, en el cual vivia con gran reputación de piedad, y edificaba á toda la comunidad. Habiendo caido enferma, su hermano deseó verla antes que muriese, y se presentó por eso al monasterio. Pero su hermana, á quién se habia hecho anunciar para saber si lo recibiría, de ningún modo quiso permitir que por su causa su hermano entrase en un monasterio de virgenes, y le hizo volver esta respuesta: « Mi más venerable hermano, os ruego que no entreis, contentaos con rogar por mí: yo espero que Nuestro Señor Jesucristo después de la muerte nos hará la gracia de ver nos en su reyno celestial. »

En el mismo desierto de Calamia ó de Porphyrión, moraba un santo abad llamado Pablo, el cual dice Casiano haber sido el más insigne de los antiguos solitarios; lo que sería un justo motivo de sentir el silencio que los historiadores han guardado sobre sus virtudes, sino supiéramos que hay santos de quienes Dios se há reservado manifestar la conducta admirable que guardaron durante su vida, para el gran día en el cual el libro de la conciencia

de todos los hombres será abierto á los ojos del mundo entero. De este sólo sabemos lo que Casiano nos ha dicho en pocas palabras, quien con su ejemplo condenaba la pereza de los monjes que preferían la ociosidad al trabajo.

« El abad Pablo, dice, que vivía en la vasta soledad de Porphyrión, encontrando en los frutos de una palmera y de un pequeño jardín, lo poco que necesitaba para vivir, y viendo que no podía hacer trabajo alguno con el cual ganara su sustento, por estar más de siete jornadas lejos de toda tierra habitada, y pedirle por el porte de su obra más precio del que hubiese sacado vendiéndola, se impuso no obstante un trabajo, y se obligó tan exactamente á hacer un cierto número de cestas, como si se hubiese habido de ganar el sustento con ello. Después que había trabajado todo el año, y que su choza estaba llena de cestas, les metía fuego y las quemaba. Con eso nos enseñó que era imposible que un religioso morase largo tiempo en el monasterio, si allí no trabajaba con sus manos, y que era tan difícil que sin eso llegase á una virtud perfecta, que hasta cuando la necesidad de vivir no le obligaba al trabajo, no dejase de hacerlo para purificar su corazón, para consolidar sus pensamientos, para perseverar en su celda, y para vencer la pereza. » Hemos visto en otro lugar que este abad Pablo era contemporáneo del abad Moisés, á quien Casiano hace hablar en su primera y segunda conferencia, y quien vivía en su vecindario.

El mismo autor en otra parte habla de un segundo Juan que vivía al tiempo del mismo abad Moisés, pero que es diferente del abad Pablo del cual acabamos de dar algunas notas. Hablaremos de ese Pablo después de los viajes de Casiano.

## PARTE TERCERA

### SOLITARIOS DEL EGIPTO

---

#### VIDA ASCÉTICA DE SAN ATANASIO, DRACONCIO Y SERAPION, MONJES Y OBISPOS <sup>1</sup>

Aun que la jurisdicción del patriarca de Alejandría se extendiera por los desiertos de la Tebaida, de Nitria y de Scete, hemos distinguido esos desiertos de los del Egipto propiamente dicho, que estaban más próximos á la ciudad de Alejandría, de los cuales hablaremos en los capítulos siguientes. Además de los monjes que ocupaban los primeros, gran número estaban en los monasterios y en las ermitas cercanas á esta gran ciudad, y otros vivían dispersados á dos leguas al rededor, y en donde á fines del siglo cuarto casi se contaban mil solitarios. El número no era tan crecido cuando san Antonio se retiró á la soledad. Sólo había algunos, que se consideraban más bien como ascéticos que como monjes, tomando este término en un sentido riguroso. Mas cuando san Antonio hubo alumbrado las profundidades de su desierto por sus eminentes virtudes y por las gracias extraordinarias que Dios le había otorgado, de repente se vió que el estado monástico se levantaba y se extendía en la iglesia como un grande árbol; y bien pronto se vió penetrar el fervor de muchos cristianos hasta dentro de los desiertos más escon-

<sup>1</sup> San Atanasio, Sócrates el Escolástico, *Vitræ Patrum*.